

El calor del sol de hielo

Edgar Tolós Pons



Capítulo 1

Los últimos rayos de Archos proyectaban las largas sombras de los edificios de negocios sobre el gris asfalto. Decenas de ellos nacían como un tallo grueso desde el suelo y se iban estrechando a medida que crecían hasta la cumbre, coronadas todas ellas por un par de antenas de metal, una de color rojo, y otra azul cobalto. Ambas apuntaban hacia el anaranjado cielo, siguiendo en todo momento el rastro de energía que emanaba de Archos y Elion. Todas las antenas rojas permanecían erguidas con cierto aire de orgullo y confianza, mientras que las azules restaban en un respetuoso segundo plano, lo suficientemente alzadas como para cumplir con su cometido, pero guardando el merecido respeto hacia sus inertes compañeras de cúspide.

Inerte estaba también Kort Lamberek en el tejado del edificio de Comandancia, observando ensimismado el monótono, pero a la vez placentero paisaje que el juego de luces y sombras brindaba a sus ojos. Posó su mirada en la parte sur de la ciudad, el barrio de Noverk. Los edificios en esta zona eran más bajos y distribuidos con una notable menor densidad. Con sólo imaginarse perdiéndose en las estrechas calles y los frondosos parques que lo poblaban, Kort se sentía invadido por una sensación de paz reconfortante. No en vano, se había criado en esas callejuelas, había corrido entre aquellos campos de trigo, había saltado desde los fresnos que habitaban en el Parque de la Fara y había comprado decenas, quizás centenares de veces, en la tienda del viejo Marik, ya fallecido tiempo atrás. Había pasado su infancia en Noverk, y allí la dejó cuando se trasladó a la zona norte de aquella inmensa ciudad, el Distrito Klain, en dónde empezaría sus primeros pasos en su carrera militar.

Una suave brisa hizo mover el pañuelo de seda de color turquesa que sujetaba en su mano derecha. Con un lento movimiento, lo desplegó y lo hizo reposar sobre su regazo. El pañuelo tenía bordado en hilos de color oro un dibujo astral en su centro. Una esfera superpuesta sobre otra, en el ángulo idóneo para poder ver la mayor parte de ambas, rodeadas por unos finos haces que parecían propagarse hacia cada dirección, intentando escapar de la tela y perdiéndose en la nada. Kort apenas se paró a contemplar la escena grabada en el atuendo, su mente la había conservado intacta tras años de observación, recordaba puntada por puntada cada línea que conformaba el dibujo astral.

Cuando el viento abandonó la escena, Kort sacó del bolsillo de su chaqueta el Mark, su pequeña arma de necesidades básicas. Con la mirada perdida en las entrañas del instrumento, accionó el modo de ignición. Reguló la llamarada al mínimo y lo acercó a una de las esquinas del pañuelo. La seda prendió rápidamente, y en cuestión de segundos lo único que quedaba eran los humeantes hilos que en su momento habían conformado el dibujo, calcinándose en el suelo de la azotea. Una lluvia de

lágrimas, primero escasa y pausada, pero más constante e intensa al paso del rato, puso el punto trágico final a la escena. Kort se había despedido ya de su más querido amigo, deshaciéndose de lo más sagrado que los unía: el pañuelo Kutxi, el símbolo de fraternidad entre dos familias. Con la muerte de Jamel, hacía ya cinco años, la alianza Lamberek-Salan, modesta pero ancestral, había llegado a su fin. Su Hermano no había tenido descendencia, ni ninguno de sus ya anteriormente fallecidos escasos familiares, con lo que la unión se había deshecho ya para siempre.

Tras unos minutos en los que consiguió tranquilizarse, sacó de su bolsillo derecho una pequeña bolsa con especia de Sinoha. Arrojó un puñado de hojas sobre las todavía humeantes cenizas y con el dedo las mezcló entre el polvo gris. Cerró los ojos, inspiró aire y lo mantuvo un breve instante en sus pulmones. Lo soltó poco a poco pero con fuerza, y la mezcla de cenizas y hojas de Sinoha surcaron las alturas de la ciudad de Faramah. La oscuridad empezó a ganar terreno, Archos se retiraba, dando paso a la noche, y dejando un cielo color caoba con unas franjas azul marino surcándolo de este a oeste. Kort perdió su vista en el horizonte por un instante, suspiró y se dirigió a las escaleras que le conducirían a su estancia.

Tras bajar el último escalón, cruzó un largo pasillo, iluminado tímidamente por las escasas antorchas que emergían de las paredes. A cada lado del corredor había innumerables puertas de hierro, algunas pintadas de color blanco, otras verdes, pero todas ellas cerradas y sin rastro de actividad aparente detrás. Caminaba a paso ligero, ni el entorno invitaba a disfrutar de un agradable paseo, ni el propio Kort tenía ganas de fijarse en los pocos detalles decorativos que amenizaban el recorrido.

Siguió caminando hasta el final del pasillo y se paró ante lo que parecía un enorme ventanal. Desde allí se apreciaban unas magníficas vistas, la vegetación inundaba el campo visual, y unos enormes árboles de copa triangular parecían dirigir sus raíces superficiales hacia el pequeño y cristalino riachuelo que cruzaba el paraje.

Puso la mano en el cristal, y en una fracción de segundo, la proyección holográfica se difuminó, dejando a la vista un vidrio opaco que subió rápidamente hacia el techo. Cruzó el umbral e hizo lo mismo con la segunda puerta de seguridad. Ante él tenía otra puerta, en el marco de la cual había una pequeña pantalla. Tecleó el código conveniente y entró a la Sala de Comandancia 1, una mezcla de oficina de trabajo y vivienda particular. No se sobresaltó cuando vio la figura de un hombre acostado en el sofá.

—Comandante Lamberek —dijo una grave y sonora voz—, me he tomado la libertad de aguardarlo aquí, espero que no le moleste ni se lo

tome como una violación de su intimidad.

El Capitán General Alan Warren se incorporó lentamente, bostezó discretamente y se desperezó.

Probablemente sea la única persona con la que se muestra tan natural pensó Kort.

—Alan, por supuesto que no es molestia —sobrepuso Kort—, sólo que no te esperaba.

—Te pido disculpas, quizás sería mejor haberte avisado —Kort no percibió ningún rastro de ironía en sus palabras—. ¿Has estado en la azotea? Hueles a camoato que echa para atrás.

La pregunta le cogió desprevenido. No porque no pudiera explicarle a su superior que había estado haciendo, sino porque le desconcertó que alguien pudiera haber adivinado dónde había estado sólo por olerlo unos segundos. De todos modos, tampoco tenía ganas de ponerse emotivo con los detalles de la triste despedida.

—He salido a tomar el aire —mintió—. Tantas horas en esta sala me agobian.

—La verdad es que últimamente tienes mucho trabajo de oficina, no creas que no estoy al tanto —respondió el capitán Warren—. Tengo entendido que uno de tus secretarios está de baja.

—Sí, andamos un poco justos de personal en esta Comandancia. Pero vamos, no es algo que te venga de nuevo, supongo —añadió Kort—. De todas formas, esta semana el Ministerio celebra una junta extraordinaria para afrontar temas como estos —se dirigió a la cocina y cogió dos vasos—. Espero que nos adjudiquen recursos administrativos, y no solamente en esta Casa lo deseamos.

Kort puso los dos vasos de cristal azulado en la mesita auxiliar que había delante del sofá. Abrió uno de los cajones del mueble-bar y extrajo una botella de forma ovalada, vertiendo posteriormente el líquido hasta la mitad de la capacidad de los recipientes. Le ofreció uno al Capitán Warren y se sentó junto a él.

—Lo más seguro es que sí que se asigne nuevo personal financiado públicamente —El Capitán hizo un discreto sorbo y lo paladeó como si quisiera retener el sabor el máximo tiempo posible—. Tanto el Primer

Ministro como la mayoría del Parlamento saben de la necesidad de no descuidar nuestra defensa.

—Eso es lo que me da más miedo, Alan. Llevamos muchos años de relativa calma, y eso es peligroso si no se sabe gestionar. Muchos partidos ya abogan por reducir el gasto público destinado al Ejército, y aunque no tengan mayoría gubernamental ni tengan influencia directa en el Ministerio Militar, pueden ejercer poderosas presiones.

El Capitán esbozó una discreta sonrisa. Aun siendo relativamente joven, sus comisuras labiales describieron unas arrugas alrededor.

—No creo que nos tengamos que preocupar por esto. Los partidos saben lo que les conviene, incluso los más aprensivos a invertir en defensa, como el PEP.

Kort prefirió no responder. Apuró el contenido de su vaso de un solo sorbo.

—Imagino que no has venido a verme sólo para escuchar mis quejas y lloriqueos.

—Imaginas bien —Dejó el vaso a medio acabar encima de la mesilla—. De hecho, se trata de una visita oficial, aunque nuestra relación permita que podamos prescindir de formalismos.

El Capitán extrajo de su porta-documentos una carpeta naranja con el sello y emblema del Ejército, de la que sacó un fajo de papeles. Se los entregó a Kort y se levantó.

—Como sabrás, Palk lleva siendo Subcapitán General desde hace ya más de quince años —hizo una breve pausa para aclarársela garganta y continuó—. El otro día me comunicó que necesitaba una tregua, que no se sentía con fuerzas para seguir ocupando el cargo.

Kort notó como se le formaba un nudo en la garganta. No le hacía falta bajar la mirada hacia los documentos para saber de qué se trataba. Si no era presa de la euforia y de un exceso de imaginación, Alan Warren le estaba proponiendo un ascenso.

El Capitán prosiguió con su discurso:

—Por supuesto, acepté su dimisión, aunque posponiéndola para dentro de un par de semanas, el tiempo necesario para preparar su sucesión, pues es un cargo de vital transcendencia —dio un largo trago de malta de Wess para refrescarse la garganta—. Kort, no me andaré con rodeos, quiero que tú seas ese sucesor. Creo que eres la persona más preparada y

qué más méritos ha hecho para ocupar el cargo.

Kort dudó un momento. Aunque había tenido un pequeño pero precioso tiempo para asimilar la idea antes de que el Capitán se la formulase, seguía sin saber cómo reaccionar ante aquello. Alguna vez se le había pasado por la cabeza llegar a ser miembro pleno de la Asamblea de Defensa, como a toda persona capacitada y con un mínimo de ambición, pero escalar hasta el segundo puesto en la pirámide era descabellado. De Comandante General de la Casa de Asterk, la más fuerte de las cuatro dinastías reales, a Subcapitán General del Ejército Real. La mano derecha del Capitán del Ejército, la consciencia del máximo representante de las fuerzas de defensa de Linekdut. Por un instante pareció quedarse sin palabras, pero pudo contestar al cabo de unos segundos:

—Capitán, la verdad es que, al contrario de su visita, esta proposición sí que me coge por sorpresa —al ver que estaba hablándole de usted, rectificó—. Alan, entenderás que es un cambio importante para mí, imagino que tendré unos días para reflexionarlo.

—En verdad, no esperaba que tuvieras que pensar nada. De hecho, los papeles que te he entregado no son una petición, sinó una Orden Real. Hace ya unos días que consensué la decisión con el Su Majestad, el Rey Harlin II —señaló con el dedo los documentos—. Debo traerlos de vuelta esta misma noche, firmados y subidos al Sistema de Documentos Ministeriales.

Kort se sintió confuso. Llegar a ocupar un alto cargo como el de Subcapitán General era el sueño de todo dirigente militar. Pero la rapidez con la que se le presentó la situación le daba vértigo. Siempre se había considerado una persona reflexiva en sus actos y decisiones, y aquello era un ataque frontal a su forma de discernir. De todas formas, había entendido que no tener poder de decisión sobre este ascenso. El mismo Rey Harlin II había dado el visto bueno, y contradecir la voluntad de Su Majestad habría sido una decisión errónea, sin duda alguna.

—¿Cuándo tendría lugar mi toma de posesión?

—Como te he dicho antes, normalmente son necesarias dos semanas desde que un alto cargo del Ejército dimite hasta que termina toda la burocracia necesaria para nombrar a su sucesor —Se puso en pie y se alisó la chaqueta—. No obstante, Su Majestad ha entendido de la necesidad de atajar el tema con rapidez, el Reino de Linkedut no puede estar dos semanas sin un Subcapitán General al pleno rendimiento de sus funciones, sería una irresponsabilidad enorme en estos convulsos tiempos que estamos viviendo. Así pues, para dentro de tres días se hará el acto público de nombramiento.

El Capitán se encaminó hacia la salida de la Sala de Comandancia. Kort salió a su paso, con la Orden Real en sus manos.

—Todo esto me viene muy grande. No sé si estoy preparado para hacerle frente, Alan.

—Venga hombre, no seas tan reservado. Apuesto que por dentro estás deseando que me vaya para celebrar con una copa de Ardeys tu nueva posición —Sonrió levemente y puso la mirada sobre los papeles que Kort sostenía—. Además, debería sentirte orgulloso. Gozar de la confianza del mismo Rey y el Capitán General a la vez sólo puede significar que tus méritos son reconocidos. Las instituciones del Reino de Linkedut saben cómo premiar a sus más valerosos sirvientes.

Kort compuso en su cara una amarga sonrisa.

—Amigo, y permíteme que te llame así por última vez. Tengo una reunión con el SubCapitán Palk para detallar los recovecos de su sustitución —Consultó su reloj—. Espero poder estar de vuelta en algo menos de dos horas. Mientras, puedes leer y firmar las condiciones de la Orden.

—Entiendo que tu tiempo es oro, no me gustaría que lo malgastaras en una segunda visita.

Sacó su pluma de grafeno tornado del bolsillo de la chaqueta y firmó sin leer una sola palabra la Orden. Al fin y al cabo, de poco le serviría encontrar algún punto del contrato en el que no estuviera de acuerdo. El Rey Harlin II había sellado el documento, no había tiempo ni espacio para ruegos y preguntas. Se sintió reconfortado. Aún con el regusto de la malta de Wess en la boca, pensó en el éxito que significaba para su carrera este ascenso repentino.

Kort le acompañó a la puerta y se despidió. Nada más bajar la compuerta de cristal, se dio cuenta de la magnitud de los hechos. De golpe y sin previo aviso cambiaría su rutina, su hogar y su forma de vida. También sus responsabilidades y su rango, aunque esto era algo que valoraba positivamente. En el fondo no creía que le viniera grande este nuevo reto, llevaba ocho años al frente de la Comandancia de la Casa Asterk, mucho tiempo manejando un puñado de hombres que habían respondido con dedicación y compromiso las órdenes e instrucciones del Comandante Lamberek. Durante este período, había sido galardonado en dos ocasiones con la Medalla Ministerial por sus méritos en la dirección de las tropas a su cargo durante algunas de las batallas fronterizas en el condado de Mavel. Quizás sí que había hecho méritos para optar al cargo, el Capitán Warren, aun siendo su amigo, no elegiría a alguien que no estuviera capacitado para tomar las riendas de la defensa de Linkedut, y el Rey habría

solicitado seguramente detallados informes sobre su persona y actos.

Volvió a llenarse el vaso hasta arriba y lo vació de dos tragos.

Se quedó medio dormido en el sofá, sosteniendo un marco digital en el que su amigo Jamel sonreía mientras mostraba de forma orgullosa el estandarte de Comandante, justamente en el día de su toma de posesión.

Capítulo 2

Mayal Argus reposaba sentado en su sillón de cuero negro. El paso de los años y una dieta que sus médicos personales habían catalogado de “catalizadora de enfermedades coronarias” no parecían haber hecho mella en él. El ropaje elástico que cubría su cuerpo no ponía de manifiesto ninguna curva por encima de su volumen normal. Tampoco se podía decir que tuviera un cuerpo de atleta ni una musculatura sobresaliente, pero el señor Argus podía estar orgulloso de haber llegado a los sesenta años con su estado de forma.

Abrió sus ojos, de color verde esmeralda y con un brillo inusual. Llevaba ya treinta minutos de meditación interior, forzada por el intenso dolor de cabeza que arrastraba desde que se había levantado. Parecía que la molestia empezaba a remitir, seguramente el comprimido que se había tomado hacía ya más de una hora empezaba a correr por el torrente sanguíneo, cumpliendo con su cometido. Calculó que en unos diez minutos su dolor habría sucumbido del todo, al menos por unas horas. Con la mirada aún un poco borrosa por la falta de actividad, consultó de nuevo su agenda de citas.

A las once tenía concertada una reunión con Vismar Surrón, un prestigioso pero estrafalario comerciante que le había sido recomendado por uno de sus ex colegas años atrás, cuando todavía formaba parte de los tentáculos de SalixCrom. Por suerte, se había deshecho de esas redes, y había podido dedicarse a una causa que atendía más a su espíritu patriota. Aunque por qué no decirlo, también le reportaba mayores beneficios. El señor Argus nunca había revelado la cuantía de su fortuna particular, como cualquier hombre que quisiera mostrar un estatus de seriedad y buen hacer. Aun así, era por todos sabido que disponía desde hacía dos años de una colosal vivienda en las afueras de Faramah, valorada a ojo por los expertos repentinos en tasación de viviendas en unos cuatrocientos mil dams.

El encuentro en su mente de este hombre y el hecho de que no hubiera borrado de su agenda los datos de contacto de este comerciante había sido toda una casualidad. Una bendita casualidad, pensó, dadas las circunstancias. Los fondos prometidos por algunas de las empresas y otros entes privados seguían llegando a cuentagotas, y las reservas de dinero en efectivo empezaban a tocar fondo. Esta circunstancia, desafortunada de por sí, se agravó por el hecho de tener la necesidad de disponer de los materiales de entreno y simulación. El mercado negro de tales bienes estaba disparado en cuanto a precio, y no podían arriesgarse a comprar tal cantidad de volumen en cualquier tienda registrada en el Reino. Habría desatado demasiadas sospechas. Vismar Surrón era la brecha de luz que tanto tiempo llevaba esperando. El comerciante era conocido por ofrecer unos precios moderados tirando a la baja, pero además ofrecía poder

pagar a plazos sin ningún interés. El señor Argus había hecho tratos satisfactorios en el pasado con él, y estaba seguro que rememorando viejos tiempos, el comerciante le concedería el pago dividido.

Eran las nueve todavía, tenía tiempo de desayunar algo y preparar su discurso y estrategia para conseguir el material a buen precio. Se llevó la mano a la pulsera de cuero ajustada a su muñeca izquierda, y al cabo de unos segundos el cristal de la puerta de su oficina subió para dar paso a la secretaria, Dona Lusat.

—Buenos días señor Argus —dijo la chica, que no aparentaba más de veinte años—. ¿El desayuno de siempre?

Mayal Argus se incorporó poco a poco, haciendo que el sillón retomara su posición inicial no inclinada. Sus ojos parecían brillar ahora con más intensidad, como siempre pasaba cuando una de sus trabajadoras se posaba ante él. De todas formas, fijó sus ojos de nuevo en la agenda.

—Gracias Dona, pero hoy sólo tomaré la taza de salaf. —Volvió a levantar la mirada hacia ella, con un aire de calma— Dentro de un par de horas viene a verme el señor...

—Surrón —le completó la secretaria.

—Eso, el señor Surrón. Tenemos una reunión a las once. Es probable que vayamos a comer para seguir negociando, con lo que prefiero no llenarme demasiado ahora —sacó su caja de cigarros y cogió uno—. Y por favor, concerte una cita con Jalus Bidel para mañana por la tarde. Hace días que no tengo noticias de este hombre.

—Sí, señor Argus.

Dora Lusat se volvió por la misma puerta por dónde había entrado, y el cristal volvió a bajar, dejando al señor Argus a solas nuevamente. Se puso el cigarro en la boca, un magnífico ejemplar manufacturado en el condado de Lussot, cuna centenaria de la mejor industria tabacalera. Sacó un pequeño encendedor de uno de los cajones del escritorio y lo prendió. Una densa capa de humo cubría la estancia unos minutos después, haciendo que Dora empezara a toser cuando entró para dejarle la taza de salaf, también humeante, encima de la mesa.

Cuando se retiró de nuevo, el señor Argus encendió a distancia la pantalla que cubría la pared que quedaba justo enfrente de su zona de trabajo. Pasó las emisoras hasta llegar al Canal de Noticias de Linkedut, abreviado como CNL, y subió el volumen. Las imágenes mostraban uno de los puestos de vigilancia del Ejército Real en Kutik, casi a la frontera con el Reino de Nartalen. El locutor hablaba apresuradamente, y Mayal le prestó atención. Habían vuelto a tener lugar pequeñas incursiones rivales,

dando lugar a una pequeña batalla nocturna en aquellas tierras situadas al norte. Según el narrador del canal de noticias, varios hombres habían causado bajas en ambos bandos. El estómago del señor Argus se revolvió, sus ojos volvieron a cobrar el brillo intenso y la rabia volvió a correr en su interior. Faltaban sólo unos meses, entonces podría ver su sueño hecho realidad. El incompetente Ministerio Militar no hacía más que tomar decisiones que iban totalmente en contra de la moral de toda persona que amara la soberanía de Linkedut, pero ellos tenían la solución. Se intentó calmar, encendiendo otro cigarro de Lussot. Lo consiguió. Habían tenido problemas desde el comienzo, pero poco a poco se habían ido anteponiendo a las adversidades y estaban cerca de consolidar la creación de aquel Ejército Civil. Saboreó el gusto de la infusión y volvió a recostarse en el sillón, esperando que llegara la hora de su cita con el comerciante.

Vismar Surron bajó del carril de transporte de viandantes a la altura de la calle Milen. No había ningún cartel que lo anunciase, pero no hacía ninguna falta. Aquella larga avenida era conocida por la gran cantidad de edificios de oficinas que albergaba, por sus anchas y verdes aceras y sobretodo, por la colosal fuente de agua que coronaba el final de la calle, que moría en forma de plaza.

Vestía un discreto traje ajustado azul marino de una sola pieza, que contrastaba con los colorados zapatos de color amarillo canario, acabados en forma de punta enrollada en si misma. Sus ojos tampoco estaban desprovistos de aparatosos atuendos, unas gafas de cristal oscuro y montura verde metalizada acababan de dar la nota de singularidad a todo el conjunto.

Antes de seguir el recorrido hacia su destino, consultó su reloj. Eran las diez y media, faltaba media hora aún para su reunión, con lo que decidió ir a tomar algo. No andó más de cincuenta metros cuando encontró una pequeña cafetería que parecía contestar a sus peculiares exigencias. Entró en el establecimiento y se sentó en una de las mesas del rincón. Una pantalla emergió discretamente de la mesa, dando a Vismar Surron la oportunidad de escoger entre una variada carta de infusiones, pastas, platos cocinados y bebidas alcohólicas. Seleccionó una taza de café y dos boissarts de crema y esperó. No pasó ni un minuto cuando se acercó el carrito automático con su desayuno. Recorrió el camino de la cocina hacia su mesa a un ritmo decente y se paró ante él. Vismar sacó su tarjeta de crédito y la insertó en la ranura conveniente. Acto seguido, retiró la tarjeta y el cristal que le separaba de la comida se levantó y una bandeja se deslizó, dejando suavemente la taza de café y las pastas encima de la mesa. Acto seguido, se dirigió de nuevo a su ritmo constante hacia la

cocina, en dónde desapareció tras sus puertas.

Cuando dio el último bocado al boissart de crema, se limpió los labios con una servilleta y sacó su catálogo electrónico. Comprobó que tuviera batería suficiente y el estado de actualización del mismo. Tras verificar que todo estaba correcto, salió de la cafetería y se dirigió hacia el lugar acordado para aquella repentina reunión con un hombre que no había querido darle su identidad. No le gustaba la situación de no conocer con quien iba a hacer negocios, pero necesitaba vender, y en aquel momento, el interrogante de su nuevo comprador no le pareció un detalle a tener en cuenta.